



Comentario bibliográfico

Magdalena Broquetas, *Ganar la guerra. Cultura, sociedad y política en el Uruguay autoritario, 1967-1973* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2024).

Danitza Setelich

*Facultad de Ciencias Sociales - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación -
Universidad de la República
danitzasetelich@gmail.com*

*Fecha de recepción: 18/12/2025
Fecha de aprobación: 16/04/2026*

Ganar la guerra. *Cultura, sociedad y política en el Uruguay autoritario, 1967-1973* es una obra historiográfica que aborda un período marcado por el avance autoritario y las divisiones internas en Uruguay. Su autora, Magdalena Broquetas, articula el análisis de múltiples actores y fuentes documentales para reconstruir una realidad compleja, en diálogo con procesos similares ocurridos en América Latina. El concepto de “enemigo interno” atraviesa la narrativa y se presenta como clave interpretativa: permite explicar cómo se legitimaron discursos de odio y prácticas violentas tanto desde el Estado como desde actores no estatales con capacidad de incidencia.

Los aportes del libro son múltiples. En primer lugar, incorpora el estudio de grupos de derecha y de actores usualmente relegados en los análisis del período, lo que permite trazar

nuevas conexiones en el camino hacia el golpe de Estado de 1973. Asimismo, introduce la disputa de territorios simbólicos y materiales como dimensión de largo plazo. Su enfoque se distancia de la mirada institucional predominante y propone un análisis distinto, que ilumina las prácticas sociales en el marco del autoritarismo.

Magdalena Broquetas es Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y licenciada en Ciencias Históricas por la Universidad de la República (Udelar). Su trayectoria se centra en el estudio de las derechas en Uruguay durante los siglos XIX y XX, con especial atención al período de la Guerra Fría. Se ha destacado por el uso innovador de fuentes, en particular la fotografía, lo que la llevó a participar en la creación del Centro de Fotografía de Montevideo (2002–2016). Actualmente investiga sobre nacionalismos de derecha y anticomunismo en el Uruguay de la Guerra Fría y se desempeña como docente de grado y posgrado en la Udelar, donde es profesora agregada en el Departamento de Historia del Uruguay.

Previo a *Ganar la guerra*, la autora publicó, junto a Gerardo Caetano, el artículo “Itinerarios, vertientes y perspectivas de las derechas uruguayas contemporáneas” y participó en la coordinación de los tres tomos de *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*. Entre sus trabajos anteriores destacan *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947–1985)* y diversos estudios sobre juventudes conservadoras y anticomunismo en el Cono Sur.¹ La coherencia de esta producción convierte a *Ganar la guerra* en una obra central para comprender la deriva democrática hacia la dictadura y los mecanismos sociales que la posibilitaron.

En la “Introducción”, Broquetas presenta un escenario histórico de inestabilidad y tensión social, describiendo las movilizaciones de diversos actores y enfatizando la incertidumbre generalizada, más allá del enfrentamiento izquierda–derecha. Sitúa en estas dinámicas de conflictividad y polarización las condiciones que llevaron al quiebre democrático del 27 de junio de 1973.

1 Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano, “Itinerarios, vertientes y perspectivas de las derechas uruguayas contemporáneas”, *Disjuntiva*, 5, no. 2 (junio 2024): 25–40; Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano, eds. *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay. Guerra Fría, reacción y dictadura* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2022); Magdalena Broquetas, ed. *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947–1985)* (Montevideo: Universidad de la República-FHCS-CSIC, 2021).

En las primeras páginas subraya el peso del vínculo con Estados Unidos: tanto sus agentes regionales como la embajada en Montevideo incidieron en la política uruguaya, condicionando apoyos y legitimidades. La afinidad de los gobiernos con la política exterior estadounidense es central para comprender cómo se posicionaron en el marco de la Guerra Fría. Broquetas conecta así el caso uruguayo con procesos regionales —Argentina, Brasil, Chile— donde la injerencia de la diplomacia norteamericana también resultó determinante en los años previos a las dictaduras. Además, retomando la noción de Benedetto Croce de que “toda historia es historia contemporánea”, la autora propone lecturas con resonancias en la política actual del Cono Sur, donde persisten actores e imaginarios forjados en el pasado. Las críticas que recibieron las movilizaciones sociales en los años sesenta funcionan, en su lectura, como un antecedente discursivo de debates aún vigentes. La acusación a sindicatos y gremios como “desestabilizadores del orden” resuena en retóricas neoliberales contemporáneas.

La obra evita una lectura lineal: combina la reconstrucción de fenómenos año a año con la inclusión de actores sociales poco explorados, lo que exige abordar el análisis según la propia organización de la autora en capítulos. La “Introducción” sitúa al lector en 1967, año bisagra para el relato, y retrocede a las elecciones de 1966, atravesadas por crisis económica y social. Allí se define un nuevo régimen presidencialista encabezado por Óscar Gestido, militar retirado del Partido Colorado. La autora sostiene que, en un contexto de polarización y radicalización juvenil, con la emergencia de organizaciones como la Liga Mundial Anticomunista o el influjo de los *global sixties*, los sectores conservadores convirtieron a la oposición en “enemigo interno”, legitimando así la represión en múltiples ámbitos: partidos, sindicatos, cultura, iglesia y educación.

Broquetas también mapea el estado de la bibliografía: predominio de visiones institucionales, relatos desde la izquierda armada o estudios sobre élites partidarias de derecha. Reconoce además la centralidad de los análisis sobre la injerencia estadounidense y las metodologías represivas en América Latina, así como la escasez de fuentes testimoniales sobre las derechas frente a la abundancia relativa en el caso de las izquierdas.

El primer capítulo, “1967: La consolidación de una nueva derecha autoritaria”, examina el impacto de las elecciones que llevaron a Gestido a la presidencia, en un momento en que la coope-

ración con Estados Unidos ya incidía en áreas sensibles: seguridad, modernización policial, vigilancia y archivos. Uruguay se integraba así al tablero de la Guerra Fría, donde la diplomacia estadounidense identificaba como amenaza al Partido Comunista. La autora recuerda que el país había sido refugio de militantes comunistas desde los años veinte, lo que reforzaba esa percepción.

Este capítulo muestra cómo Uruguay se convirtió en escenario de la disputa global, incluso con la realización de conferencias de la OEA en su territorio, en las que se manifestaba la condena regional al avance de la Revolución Cubana. Para Estados Unidos, la victoria de Gestido fue alentadora, pues garantizaba alineamiento con el bloque capitalista y distancia con la URSS. La globalización del conflicto condujo a una polarización creciente, que obligaba a los actores a definirse. El desenlace fue un golpe de Estado conducido desde el propio gobierno, amparado en excepciones constitucionales, que quebró una democracia debilitada pero aún vigente.

Para el segundo capítulo, “Las organizaciones anticomunistas de padres y vecinos”, Broquetas instala el análisis hacia actores sociales poco considerados en estudios macro o de enfoque amplio: las agrupaciones estudiantiles y las organizaciones de padres. Las primeras se movilizaron contra medidas como el aumento del boleto y la represión policial; las segundas, nucleadas en la Organización de Padres Demócratas (ORPADE), se propusieron frenar la influencia comunista en la educación secundaria y técnica. Amparados en la defensa de los “valores nacionales”, denunciaron a docentes por supuesta actividad subversiva o vínculos con gremios estudiantiles, buscando sanciones y destituciones. La prensa de derecha —especialmente *La Mañana*— amplificó estas denuncias, contribuyendo a consolidar la figura del “enemigo interno”.

El apartado revisa cómo estas prácticas se extendieron por todo el país, involucrando entes públicos y autoridades educativas, y cómo la radicalización social desembocó en nuevas movilizaciones estudiantiles y sindicales. El relato culmina con la sanción de la Ley General de Educación y con la irrupción del Frente Amplio y la CNT en 1972 como actores decisivos.

El tercer capítulo, “Las juventudes conservadoras en la educación”, ofrece un análisis que inicia con un informe del embajador estadounidense Adair, que describía a la juventud uruguaya como radicalizada y proclive a la izquierda. Los liceos de Montevideo —en particular el IAVA,

Héctor Miranda y Francisco Bauza— funcionaron como semilleros de militancia, en un contexto en que la Guerra Fría permeaba todas las discusiones.

Broquetas reconstruye la emergencia de agrupaciones estudiantiles de derecha en los años sesenta —como las Organizaciones Demócratas del Interior, el Movimiento Estudiantil para la Defensa de la Libertad y la Liga Estudiantil Demócrata— con presencia más sólida en el interior que en la capital. La autora muestra cómo, hacia 1970, la Juventud Uruguay de Pie (JUP) obtuvo respaldo de la embajada estadounidense y encontró en el suplemento *La Mañana del Interior* un vehículo de difusión. Paralelamente, las fuerzas de izquierda avanzaban hacia la conformación del Frente Amplio, mientras el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) presionaba al gobierno mediante secuestros.

Los liceos a nivel de la capital fueron espacios de gestación de primeras opiniones y participaciones políticas para la juventud. Inevitablemente había posicionamientos ante los bandos bipolares de la Guerra Fría, nada ajena a la situación uruguaya. En algunos de ellos fue sumamente considerable la iniciativa y preocupación juvenil. Las agrupaciones de estudiantes de derecha —identificados como conservadores y demócratas— se manifestaban en el interior con mayor solidez que en la capital, donde los grupos de izquierda no confrontaban constantemente con ellos como si sucedía en Montevideo. El detalle de las condiciones en las que los departamentos del norte del país como Salto, Río Negro y Artigas enfrentaban las ocupaciones y reclamos, esboza que la crisis social, política y educativa alcanzaba a la totalidad del país.

Durante el año 1970, la autora nos presenta el respaldo que comienza a tener la Juventud Uruguay de Pie (quienes tuvieron apoyo de la embajada estadounidense por su oposición a los gremios estudiantiles que reclamaban derechos usando la violencia) con el suplemento del interior —*La Mañana*— siendo su espacio de propagación de ideas y opiniones. En paralelo se solidificaban diversas corrientes de izquierda con el mismo objetivo de crear un partido que participara en las elecciones y conjugara sus puntos ineludibles como coalición de izquierda. En estos párrafos también comienza a esbozarse las condiciones en las que el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros presionaba al presidente Pacheco para que liberara a sus compañeros a través de secuestros a figuras internacionales o gubernamentales de la época.

La JUP encarnó la creciente polarización: mientras la prensa la presentaba como defensora de la educación frente al “freno” de la izquierda, en la práctica sus acciones resultaban violentas y autoritarias. La coexistencia de “dos JUP” (Broquetas aporta la perspectiva de las agrupaciones de izquierda sobre la JUP como una banda fascista, lo que permite tomar dimensión de la distancia que existía entre una agrupación y las otras —una discursiva y otra real— reflejaba esa tensión).

El cuarto capítulo, “Mundo del trabajo. Voces patronales y luchas sindicales”, examina el mundo sindical y las reacciones conservadoras ante su avance. Los sectores patronales denunciaban el riesgo de una “sovietización” del trabajo y advertían sobre el estancamiento económico que provocarían las huelgas. Sin embargo, los sindicatos lograron conquistas importantes, entre ellas la creación de la CNT (1964–1966), que consolidó la coordinación intergremial y el diálogo más allá de los rubros y territorios.

Broquetas observa la fuerte impronta comunista en el sindicalismo de izquierda, orientada a generar conciencia clasista y desgastar al gobierno. La conflictividad se agudizó en el período de 1968 a 1969, en paralelo a la aplicación de programas de estabilización económica. Frente a esta realidad, emergieron dos nociones claves que buscaban controlar el movimiento, aunque no lograron eliminarlo: “sindicalismo libre” y “reglamentación sindical”.

Para el año 1972 el gobierno pasó a manos de Juan María Bordaberry, quien pertenecía al Partido Colorado. En un contexto de discusión sobre la reglamentación sindical, la autora evidencia como, entre las múltiples alternativas, existía la posibilidad de que las Fuerzas Armadas respaldaran la norma sindical. Sin embargo, se trató de un apoyo que quedó trunco.

Los últimos años de la década de 1960 estuvieron atravesados por conflictos y resistencias para los actores sociales y políticos de izquierda, dado que los representantes gubernamentales y movimientos de derechas reforzaban su objetivo de desestabilizar al movimiento sindical en su totalidad. Los conflictos sociales fueron recurrentes en el desarrollo de los años 1968 y 1969, la inestabilidad económica y social uruguaya, tenían su correlato en el programa de estabilización aplicado por el gobierno. Esta sección esboza dos paradigmas que apuntaron a reordenar la situación que por lo que se venía viviendo, eran el plan que encontraron ante la realidad de no poder disolver las estructuras sindicales.

El quinto capítulo, “Los frenos a la Iglesia progresista”, aborda en profundidad el rol de los actores religiosos en una sociedad uruguaya atravesada por conflictos y desigualdades. El capítulo se inicia con un panorama del cambio de paradigma social y económico que, desde la década de 1960, orientó el accionar de la Iglesia hacia problemáticas más sociales que espirituales. La Carta Pastoral del obispo de Tacuarembó, Carlos Parteli, visibilizó en todo el país la desigualdad en la distribución de la riqueza, el estancamiento productivo y los problemas del agro. Este documento publicado en 1961 tuvo un doble efecto: informar a amplios sectores sobre la situación nacional y generar interpretaciones encontradas, incluso dentro de la propia Iglesia, sobre el vínculo entre propiedad privada y pobreza. Años más tarde, Parteli reafirmó esta postura en la Carta Pastoral de Adviento (1967), con duras críticas a la coyuntura uruguaya y un llamado a la acción colectiva. Estas expresiones suscitaron fuertes reacciones sociales y políticas. En este marco, Uruguay tampoco fue ajeno a la “avalancha progresista mundial” que, desde la perspectiva de la derecha, se interpretó como infiltración conspirativa, haciendo irreconciliable el diálogo entre marxismo y cristianismo.

El sexto capítulo, “Género, moral y cultura”, enfatiza nuevamente el papel de la juventud en la oposición al sistema. Se examinan las primeras acciones del MLN-T, centradas en la denuncia de corrupción, y su posterior escalada con secuestros y otras operaciones. Paralelamente, la construcción del “enemigo interno” por parte del gobierno se difundía en la prensa y en la propaganda oficial, mientras las medidas autoritarias, como la supresión de la autonomía del Consejo de Secundaria, eran resistidas por la ocupación de liceos y la organización de espacios alternativos de enseñanza. La cultura también fue objeto de censura y represión: el arte crítico fue acusado de subversivo, mientras cantautores y artistas vinculados a la protesta social encontraron en el continente espacios de resonancia.

En cuanto a la participación femenina, Broquetas advierte mayores dificultades para rastrear testimonios de mujeres en la derecha organizada (JUP), mientras que en la izquierda aparecen con mayor visibilidad. Para este análisis recurre, entre otras fuentes, a su formación en fotografía, aunque reconoce las limitaciones para distinguir entre participación circunstancial y adhesión ideológica (caso de los actos en los que no podía asumirse militancia por la simple

asistencia a los mismos). Asimismo, destaca el despliegue de ciertos términos acentuados en estos años —nacionalismo, orientalidad, arraigo rural o capitalino— que aún atraviesan las identidades políticas. La percepción con la que se quería implantar la idea de orientalidad tenía como misión ubicar en las veredas contrarias a quien se considerara oriental al adherir a reclamos y movilizaciones por derechos, la lectura desde la derecha era peyorativa hacia estos métodos.

El séptimo capítulo, “La campaña contra el Frente Amplio”, se sitúa en el período previo a la fundación de esta fuerza política. El creciente autoritarismo del gobierno de Pacheco, especialmente desde 1968, reforzó en la izquierda la necesidad de un frente electoral. Aunque las diferencias internas demoraron su concreción, el Frente Amplio realizó su primer acto el 26 de marzo de 1971 con la proclamación de Liber Seregni. Su rápido crecimiento electoral (del 10% al 18%) generó alarma en la derecha, que desplegó una intensa campaña de desprestigio. Se acusaba al nuevo partido de recibir financiamiento extranjero (del Partido Comunista de la Unión Soviética) y de constituir la fachada política del MLN-T. Seregni, en contraste, definió a la nueva fuerza como aliada de la clase trabajadora y opuesta a la oligarquía. Se destaca en el análisis de la autora el factor generacional: la mayoría de los militantes de izquierda eran jóvenes.

El capítulo ocho, “Grupos paraestatales y violencia terrorista”, examina el accionar de organizaciones como el Movimiento de Fuerzas Democráticas Nacionales, Organización de Padres Demócratas (ORPADE) Federación de Entidades Democráticas Anticomunistas (FEDAN), dedicadas a investigar y hostigar a la izquierda estudiantil, sindical y gremial. El nacionalismo se reafirmó como recurso discursivo para polarizar a la sociedad y legitimar la represión. A los allanamientos “legales” se sumaron ataques armados a locales sindicales y estudiantiles, configurando un clima de violencia paraestatal que se intensificó tras las elecciones de 1971. Los comandos conocidos como “escuadrones de la muerte” ejecutaron atentados e incendios, a los que el MLN-T respondió con secuestros y, en algunos casos, ejecuciones. En abril de 1972, la Asamblea General —con la excepción de los legisladores del Frente Amplio— declaró el “estado de guerra interno”. Este capítulo se nutre de numerosos testimonios de detenidos y víctimas, lo que refuerza su carácter documental.

El epílogo, “La cruz de los caminos”, subraya cómo el golpe de Estado de 1973 se articuló mediante una manipulación discursiva de la derecha y los sectores conservadores, que presentaron su accionar como un reordenamiento moralizador del país. Sin embargo, las medidas adoptadas significaron un progresivo escalonamiento de la violencia, desde la restricción de libertades hasta la eliminación física de opositores y desapariciones de personas.

Ganar la guerra de Magdalena Broquetas constituye un aporte central a la historia política uruguaya del siglo XX, al iluminar la construcción de discursos, actores y estrategias que configuraron el enfrentamiento ideológico en las décadas de 1960 y 1970. Su enfoque se distancia de los relatos lineales de “víctimas y victimarios” y sitúa la disputa política en un campo más amplio, donde el conservadurismo, las derechas organizadas y los grupos paraestatales emergen como actores con agencia propia y con capacidad de incidir en la configuración del orden social.

El libro dialoga con dos tradiciones historiográficas: por un lado, la historia política clásica, que atendía a partidos, elecciones y liderazgos; y por otro, la renovación que incorporó categorías de género, juventud, religión y cultura, ampliando los marcos de análisis hacia dimensiones simbólicas y discursivas. En este sentido, Broquetas contribuye a superar las miradas dicotómicas, integrando en su narrativa el peso de las continuidades conservadoras y su capacidad de articular respuestas frente al ascenso de las izquierdas.

Uno de los aportes más significativos radica en su metodología: la autora recurre a un corpus documental heterogéneo —prensa, cartas pastorales, testimonios, archivos policiales, propaganda, registros fotográficos— que le permite reconstruir tanto la trama institucional como los imaginarios en pugna. Esta estrategia revela cómo la derecha uruguaya no solo reaccionó frente a las transformaciones sociales, sino que desplegó proyectos de alcance nacional, vinculados con redes transnacionales y en sintonía con lo que la autora denomina “avalancha progresista mundial” (p. 194).

Asimismo, el texto enriquece la historiografía sobre el período al rescatar actores subestimados. El papel de la Iglesia católica y sus tensiones internas, la militancia femenina en las derechas y las izquierdas o la juventud como protagonista de la movilización política, aparecen aquí como elementos constitutivos de la confrontación ideológica. Con ello, Broquetas amplía el cam-

po de estudio y obliga a repensar categorías clásicas de la historia política desde una perspectiva social y cultural. Otro aspecto a destacar es la articulación que el libro establece entre la escala nacional y el contexto continental. La emergencia del Frente Amplio y la radicalización de la represión se entienden en relación con la Guerra Fría, la circulación transnacional de ideas y la cooperación represiva internacional. De esta manera, la autora evita una visión insular de la experiencia uruguaya y la coloca en diálogo con los procesos latinoamericanos.

Desde el punto de vista crítico, puede señalarse que la amplitud temática del libro, si bien enriquece su aporte, deja algunos campos abiertos a futuras investigaciones, en particular la reconstrucción de redes transnacionales conservadoras y el análisis de las estrategias económicas que sustentaron a los grupos de derecha. No obstante, su carácter pionero reside justamente en abrir preguntas y en descentrar la mirada del relato hegemónico centrado exclusivamente en la represión estatal y la resistencia de las izquierdas. La metodología de Broquetas es cualitativa, detallada y científica.

En suma, *Ganar la guerra* aporta a la historia política uruguaya una interpretación compleja y matizada del pasado reciente. Su valor reside en haber develado la densidad del campo conservador, sus recursos simbólicos y materiales (aprovechando su carácter de gobierno y dueños de medios de prensa), y en mostrar que la derrota de la democracia no fue solo consecuencia de un aparato militar autoritario, sino de un entramado social y político más amplio que articuló consensos, miedos y legitimidades, aportando a ello con su espionaje y violencia constante. Con ello, Broquetas contribuye a una historiografía que ya no concibe a la dictadura como un mero paréntesis, sino como una etapa del proceso del desarrollo de la sociedad capitalista en su forma neocolonial y como el resultado de una larga disputa ideológica.